

Ha llegado la hora del *Cantar de los cantares*

Nicolás de la Carrera*

DESPUÉS de los desenfadados, recreativos, amorosos años 70 y su revolución de flores y sueños, nos ha sobrevenido, con alboroto de alas purísimas y perfumadas túnicas, la moda de los ángeles. Legión de títulos embellecen los anaqueles de las librerías esotéricas, de las grandes superficies. Del erotismo rosa de mayo del 68 nos hemos elevado al azul misticismo de una espiritualidad desencarnada, con proliferación de sectas *light* y cruzadas antisexo. ¿Para cuándo el corazón, el hondo beso, el abrazo inmortal de cuerpos y de vidas? En el juego platónico de las dos esquinas, piafamos primero como potrillos en galope, para volar después, perdidos jinetes, fantasmas sin montura. ¿Llegaremos a descubrir algún día nuestra integrada naturaleza de centauro?

¡Ha sonado la hora del *Cantar de los cantares*! Con retraso, como casi siempre, van apareciendo entre nosotros elegantes y precisas traducciones, luminosos comentarios al más bello Cantar. Enumero cronológicamente algunos títulos que el público aplaude, con sucesivas ediciones alguno de ellos, y ciertos acontecimientos culturales de interés:

* Psicólogo clínico. Madrid.

- 1990 L. A. Schökel, *El Cantar de los cantares*, Verbo Divino.
 1991 A. González Núñez, *Cantar de los cantares*, San Pablo.
 1992 X. Pikaza, *El Cántico espiritual de San Juan de la Cruz. Poesía. Biblia. Teología*, Ediciones paulinas.
 1993 G. Ravasi, *El Cantar de los cantares*, Ediciones paulinas.
 1994 E. Fernández Tejero, *El cantar más bello*, Trotta.
 1995 El dibujante Máximo, a lo largo de todo el mes de agosto, sorprende a los lectores de *El País* con una diaria viñeta sobre el erotismo del *Cantar de los cantares*.
 1996 Emilia F. Tejero dirige, en los cursos de verano de El Escorial, organizada por la Universidad Complutense, una semana de profundización, con la presencia internacional de especialistas, bajo el título: «Razón de amor. *El Cantar de los cantares* de Salomón».

Salvación por el cuerpo

RAZÓN de amor... así cierra Pedro Salinas
 su poema *Salvación por el cuerpo* (1):

Encarnación final, y jubiloso
 nacer, por fin, en dos, en la unidad
 radiante de la vida, dos. Derrota
 del solitario aquel nacer primero.
 Arribo a nuestra carne trascorpórea,
 al cuerpo, ya, del alma.
 Y se quedan aquí tras el hallazgo
 —milagroso final de besos lentos—,
 rendidos nuestros bultos y estrechados,
 sólo ya como prendas, como señas,
 de que a dos seres les sirvió esta carne
 —por eso está tan trémula de dicha—
 para encontrar al cabo, al otro lado,
 su cuerpo, el del amor, último y cierto.
 Ese
 que inútilmente esperarán las tumbas.

Cuerpo de amor que vence a la muerte, como los amantes del Cantar. Me viene a la memoria la indignación que le nacía de las raíces a otro gran poeta, Miguel Hernández, cuando su ascético amigo Ramón Sijé le recordaba que debía ser puro, como lo exigía su nombre de arcángel. El pastor de

(1) P. Salinas: *Razón de amor*. Alianza, Madrid, 1989.

Orihuela, en estremecidos versos que sobrevuelan la fría arquitectura del soneto, abre así el *poema 15* de *El rayo que no cesa*. «Me llamo barro, aunque Miguel me llame...» El corazón de Miguel/tierra renuncia a los rigores del Miguel celeste y se humilla bajo el talón de la amada como ángel caído a los pies de la Purísima. Pero amenaza con amorosa ascensión de acariciante serpiente que muerde y da a morder la manzana del erotismo (2).

Fray Luis y su castiza versión del Cantar

BUENA la hizo aquel día Dieguito al arreglar la habitación de fray Luis: cotilleando su mesa de trabajo, descubre un hermoso y extenso poema de amor, lo copia clandestinamente, y se lo pasa, con la ingenua complacencia de sus quince alborotados años, a sus compañeros de clase (3).

El Concilio de Trento había prohibido la versión de la Escritura a lenguas vernáculas, pero fray Luis de León, en la vitalidad fogosa de sus 33 años y con la alegre seguridad de quien acaba de conseguir una reñida cátedra, se permite traducir al castellano el *Cantar de los cantares* de la Biblia, por encargo de una religiosa —Isabel Osorio— que desconocía el latín, y por ejercitar sus artes de hebraísta. Con la más absoluta discreción se habían pasado las cuartillas del poema, y, cuando el agustino respiraba porque obraban de nuevo en su poder, le va llegando la inexplicable noticia de que abundan copias por su *campus* salmantino y de cuánto se solazan los enamoradizos estudiantes con la lectura de tan tiernos, primaverales versos (4).

Soy testigo de cómo el Cantar entusiasma a adolescentes, y he comprobado cuánto les estimula a seguir investigando por el océano de amor que es toda la Biblia. Santos Benetti, en *Sexualidad creativa*, siembra fecundas reflexiones:

El Cantar es el más universal de los libros bíblicos, y pareciera escrito hace horas, aquí mismo entre nosotros.

Para los educadores, siempre preocupados por buscar un libro de educación

(2) En *El Dios de Miguel Hernández*, p. 160, analizo este singular poema que inaugura la nueva y definitiva etapa del Miguel comprometido (con su cuerpo, con el mundo de los pobres...).

(3) F. L. de León: *Obras completas castellanas*, edición a cargo de Félix García, O.S.A., BAC, Madrid, 1959, 45.

(4) X. Pikaza, en *O.C.* pp. 17-62, comenta con sensibilidad La «Exposición al Cantar de los Cantares» de fray Luis de León.

sexual que no contradiga a la palabra de Dios: allí está el Cantar con toda su frescura testimonial (5).

Regresemos a nuestro relato. Once años después de la primera copia pirata del bueno de Diego, es procesado fray Luis por el Santo Oficio, e ingresa en la cárcel un 27 de marzo de 1572, acusado de ascendencia judía, menospreciar la Vulgata, y, en concreto, de traducir y comentar el *Cantar de los cantares*. Cinco dolorosos años sufre prisión en Valladolid. A título de anécdota, veamos cómo ironiza, en su proceso, hacia uno de los testigos: «El oír besos y abrazos y pechos y ojos claros y otras palabras destas de que está lleno el texto y la glosa de aquel libro, le escandalizó los sentidos; y lo que no echaba de ver cuando lo leía en latín, si alguna vez lo leyó, le hirió el oído por oído en romance (6)». Tenía razón el acusado, que, por cierto, había realizado tan fresca, viva versión del Cantar que todavía hoy asombra a los más exigentes biblistas. Nada tiene de extraño, pues, que le fuera ofrecida la cátedra de Escritura, que explicaría hasta su muerte.

¡Oh qué preciosas margaritas!

Al año siguiente de la excarcelación de fray Luis, también a fray Juan de la Cruz —el más sublime poeta castellano— se le encierra en una oscura habitación de seis pies de ancho por diez de largo, utilizada hasta el momento como evacuatorio por una sección de la comunidad toledana que lo había secuestrado (7). Recuerda el maltratado prisionero versos del *Cantar de los cantares* de Salomón, y, de memoria, los va recreando *a lo divino*: «¿Adónde te escondiste, Amado, / y me dejaste con gemido?» Recostado en las tablas y mantas que los torturadores han instalado como lecho, sobre el maloliente agujero del excusado, su alma, desde el centro, le dice que no está solo, y, esposa querida de Dios, se deja seducir por los besos de su fiel Amante:

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,

(5) S. Benetti: *Sexualidad creativa*, San Pablo, Buenos Aires, 1994, 220.

(6) Citado por J. Guillén, en *Cantar de cantares*, Sigueme, Salamanca, 1980, 137.

(7) San Juan de la Cruz: *Vida y obras completas*, edición de Crisógono de Jesús O.C.D., BAC, Madrid, 1960, 137.

el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Deténte, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran sus olores,
y pacera el Amado entre las flores.

Por una saetera de dos dedos de ancho descende un hilillo de luz. En este nicho asfixiante como una tumba, sin permitirle ni cambiarse de ropa, se va deteriorando por nueve meses la salud de Juan. Pero, en místico sueño, viaja por interiores paisajes, embriagado del más puro amor:

En la interior bodega
de mi Amado bebí y, cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

Así, entre suspiros, nostalgias, éxtasis, amores, lágrimas..., brotará de su alma, como de una pradera, el *Cántico espiritual*, la más intensa exégesis del Cantar bíblico (8).

Trece años después, un 13 de diciembre de 1591, rodeado por la comunidad en su último lecho, minutos antes de subir al cielo a cantar maitines con el Señor, iniciaría el prior la lectura de la recomendación del alma. «Dígame, padre, de los *Cantares*, que eso no es menester», suplica afablemente fray Juan. Y, cuando le están leyendo los versículos del *Cantar de los Cantares*, comenta ilusionado: «¡Oh, qué preciosas margaritas!» (9).

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

El Cantar llevó a fray Luis a la cárcel. El Cantar *salvó* a fray Juan de la cárcel. ¿Y qué pasó con Teresa, universal doctora? Que, entusiasmada con el Cantar ya desde las primeras fundaciones, fue redactando sucesivas *Meditaciones sobre los Cantares*. Pero, en 1580, a sólo dos años de su muerte, recibiría del padre Diego de Yanguas la orden de quemar todos sus comentarios al Cantar, cosa que realizó por obediencia en cuanto estaba en su mano.

(8) Excelentes los comentarios al *Cántico espiritual* y su relación con el Cantar bíblico, en X. Pikaza, *O.C.*

(9) San Juan de la Cruz, *o.c.*, 385.

Una simpática anécdota de la santa: refiere en sus *meditaciones*, bajo la leyenda bíblica «Bésemme el Señor con el beso de su boca...», la inmadura reacción de algunas religiosas a lo largo de una plática de Jueves Santo (10):

Me acuerdo oír a un religioso un sermón harto admirable, declarando de estos regalos que la Esposa tratava con Dios. Y huvo tanta risa y fue tan mal tomado lo que dijo, porque hablava de amor (siendo sermón del Mandato, que es para no tratar de otra cosa), que yo estaba espantada.

¿Por qué reían aquellas monjitas al oír hablar de amor en clave de erotismo? ¿Qué delito cometió fray Luis al traducir y comentar castizamente el original hebreo del Cantar? ¿Por qué envolvería a Juan de Yepes la nube del trance místico al recordar canciones de novios recostado sobre la vertical de un pozo negro? En una palabra: ¿qué hondos significados se descubren, también hoy, en los ardientes, mágicos coloquios del Cantar?

La capa del estudiante

EL *Cantar de los cantares* es, ante todo, un libro de amor, amor de hombre y de mujer en diálogo. Les llamaremos sencillamente ÉL y ELLA, y representan en cierto sentido a todos los amantes. Por su fresco erotismo, alegría y ternura, candor, belleza, espontaneidad, como desprendidos de un lienzo *naïf*, se siente uno tentado a identificarlos como *Eva* y *Adán* en el paraíso. Se escucha, en ocasiones, el fervor de un CORO que acompaña a los protagonistas en sus sentimientos.

Así como la Biblia no es un libro sino una biblioteca, más que una canción el Cantar es un cancionero: canciones de amor, cantos de boda. Es posible regresar en algunos al reinado de Salomón e identificar en otros fechas más recientes: primitivas colecciones fueron asimilando nuevos poemas. Y es importante constatar que hay notables coincidencias entre estos poemas y algunos otros de cultura próxima como la egipcia o siria. Aventuran los expertos que la redacción definitiva no debe extenderse más allá del siglo III a. C.

Me viene a la memoria una canción de tuna que dice: «La capa del estudiante / parece un jardín de flores: / toda llena de remiendos / de diferentes colores». Existe unidad en el Cantar (una sola capa) y variedad de situaciones, épocas, estados de ánimo (remiendos de colores). Me parece presuntuoso

(10) Santa Teresa de Jesús: *Obras completas*, en edición a cargo de Efrén de la Madre de Dios O.C.D., BAC, Madrid, 1967, 335.

so hipotetizar un elaborado, coherente argumento para todo el libro. Mejor dividirlo en secciones e ir hilvanando poemas con sutiles, convencionales vuelos de aguja. Como las amigas de la joven Finn, en la película *Donde reside el amor*, que van confeccionando su colcha de boda a base de piezas independientes, fervorosamente trabajadas por cada una, pequeñas –pero vivas– obras de arte, que se irán ensamblando en encendido retablo de amor y de belleza.

Remedio a la soledad infinita

DESDE los primeros versículos nos seduce el milagro de un amor libre, lúdico, sensual, comunicativo, ingenuo, personal... Los amantes enfatizan la mutua pertenencia: «Yo soy para mi amado, y mi amado es para mí» (6,3). En ningún momento se describen órganos o acciones abiertamente sexuales, pero existe un divertido, sutil juego de simbolizaciones que, a modo de acertijo, sugieren íntima complicidad, y que a algún travieso periodista le ha llevado a señalar el *Cantar de los cantares* como el *Kama Sutra* judío.

A pesar de su amplitud, merece la pena recordar algunas reflexiones del gran humanista Marañón, en su libro *Vida e Historia*. Describe así el paso evolutivo de hembra a mujer.

El primer amigo profundo del hombre fue, sin duda, la mujer: la mujer incluso antes de serlo, cuando era sólo hembra escogida al azar, para satisfacer el hambre del instinto, a medida que éste urgía.

Pero una mañana remota y memorable, cuya fecha representa infinitamente más para el progreso humano que todos los descubrimientos de nuestros siglos, ocurrió este maravilloso suceso: al levantarse el hombre, bronco e hirsuto, de su lecho de hierbas, después de haber cumplido la ley del instinto con la hembra que estaba a su alcance, reposado por el sueño de esa tristeza que invade al animal después de amar, se sintió transido de una tristeza mayor, que era tener que abandonarla.

Y volviéndose a ella, que aún dormía, brilló en sus ojos, desde el fondo de las cuencas redondas, por vez primera en la historia del mundo, una luz maravillosa que era el amor, que sólo se enciende cuando el ímpetu del instinto se ha apagado, porque se ha satisfecho.

El hombre, triste de una tristeza nueva, comprendió confusamente que aquel ser tan débil que dormía a su lado, era el remedio a la soledad infinita, el remedio que no podían darle los otros hombres llenos de músculos y de audacia. Su frente chata no podía explicarse por qué.

Pero entonces la hembra dormida, mujer desde ese instante, despertó bajo el brillo de la nueva luz. Y con esa comprensión súbita de las cosas geniales y trascenden-

tes que sólo la mujer posee, se levantó en silencio. Y, como si hubiera hecho siempre la misma cosa, se fue con el compañero de la noche, para no separarse más. En ese día, en verdad, es cuando Dios creó la especie del hombre sobre el planeta (11).

Poetiza don Gregorio la iluminación de la mujer. Pero el relato bíblico de la creación otorga protagonismo al varón que, al tomar conciencia de su radical soledad y descubrir la presencia de la mujer, lanza gritos de alegría y se le escapan las primeras palabras que registra la historia: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» (Gen 2, 23). *El Cantar de los cantares* no es, en el fondo, otra cosa que ese grito de sorpresa y entusiasmo, ese diálogo alternante de enamorados por el que, con piropos, arrullos, exclamaciones, balbuceos, desmayos, preguntas, arrumacos, se están cantando uno a otro lo mucho que se necesitan para vivir.

Suficiente para guiar el mundo

PERO vayamos a la gran pregunta: ¿no se habrá *distraído* el Espíritu Santo al incluir en la Biblia un libro de erotismo? ¿Llegará a ser alguna vez *bueno nueva* para el hombre de hoy este desconcertante libro? No beneficia, desde luego, a su saludable comprensión la risa de las monjas de Teresa, ni la delectación morbosa de los adolescentes de Salamanca, ni las aguardentosas voces que lo tarareaban en tascas y juergas a comienzos del siglo II. Oigamos la condena del rabino Aqiba: «Quien canturrea el Cantar en las tabernas o lo trata como canción profana, no tendrá parte en el mundo futuro». Karl Orff elevó a música culta un buen puñado de poemas medievales, que también se cantaban en tabernas y rondas. Su *Carmina burana*, como antología de canciones amorosas, ofrece cierta semejanza con la *capa coloreada* del Cantar.

Muchos devotos incluyen el *Cantar de los cantares* entre las tres grandes obras de la literatura sapiencial salomónica, junto a *Proverbios* y *Eclesiastés* (o *Qohelet*). Si se comparan estos tres libros con la estructura del Templo de Jerusalén, *Proverbios* sería el atrio, *Eclesiastés* simbolizaría la sala grande del

(11) Citado por Rosa Abenoza: *Sexualidad y Juventud*, Popular, Madrid, 1994, 74. En mi ensayo *Más allá de la piel. Para una integración de la sexualidad*, San Pablo, Madrid, 1994, ejemplificado con más de ochenta poemas de autores contemporáneos, diseño un itinerario pedagógico que facilite el ascenso, desde un sexo banal y consumista hasta la fusión transpersonal, donde se transparente, por la ternura del *tú* personal, el Amor absoluto del *Tú* divino.

Santuario, y el *Cantar* lo más sagrado: «Todas las escrituras son santas, pero el *Cantar de los cantares* es el Santo de los Santos» (12). El rabino Jonatán adaptó la utilidad de estos grandes libros (*Cantar de los cantares*, *Proverbios*, *Eclesiastés*) a las etapas de la vida: «Cuando el hombre es joven canta canciones, cuando se vuelve adulto repite sentencias prácticas, cuando se hace viejo habla de la vanidad de las cosas» (13).

Veamos otro texto de Aqiba, que podría desconcertarnos por su rotundidad. Nos habla –lo recordamos– un doctor de la Ley: «Si no hubiéramos recibido la Torá, el *Cantar de los cantares* habría sido suficiente para guiar el mundo» (14). Orígenes de Alejandría nos ilustra en términos de felicidad: «Dichoso el que comprende y canta los cantos de las Sagradas Escrituras –nadie, en efecto, canta si no está de fiesta– pero mucho más dichoso el que canta y comprende el *Cantar de los cantares*» (15).

Cuerpo y espíritu

DOS lecturas excesivas del *Cantar* amenazan la comprensión inteligente que necesita nuestro tiempo: reducirlo, por arriba, a amor sin cuerpo (tanta alegoría deshumaniza el relato), y, por abajo, a cuerpo sin amor, porque existe un erotismo pequeño, de piel y orgasmo, de macho y hembra solitarios que se utilizan y desechan como pañuelos. A ese erotismo fácil, genitalizado, consumista no se refiere nuestro ensayo, sino al abierto, numinoso, de amantes que saben acariciar de alma a alma, besar desde los ojos, abrazar con pecho y vísceras, ser uno en carne y risa, sobrevolar aires de infinito.

Guido Ceronetti, en sus comentarios al *Cantar*, observa:

La lectura en clave erótica del *Cantar* es la más segura, pero no tiene sentido si el lecho de los amores no queda iluminado con una pequeña lámpara por la que, a través de esos amores transparentes, alumbré el Escondido (16).

«Tenemos que conectar nuevamente el dormitorio con el resto de nues-

(12) A. M. Pelletier: *El Cantar de los cantares*, Verbo Divino, Estella, 1995, 35.

(13) F. Raurell: *Mots sobre l'home*, Abadía de Montserrat, Barcelona, 1984, 189 nota.

(14) F. Raurell, *o.c.*, 187.

(15) G. Ravasi, *o.c.*, 166.

(16) G. Ceronetti: *Cantar de los cantares*, Adelphi, Milán, 1975, 107. Citado por G. Ravasi, *o.c.*, 26.

tras vidas, con la sociedad, con la naturaleza, y, quizá, con las estrellas» (17), nos explica Leonard en *El fin del sexo*. No es más sagrado el templo que la alcoba. «El desafío no está en salir del cuerpo, sino en descubrir que es templo de lo sagrado» (Feuerstein), en dejarse inflamar por esa lámpara que arde en lo alto del amor.

Erotismo abierto a la trascendencia, desde que aquellas Manos, aquella Voz modelaron los primeros cuerpos sexuados, bendijeron los primeros amores: «A imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó» (Gen 1, 27). «La bipolaridad hombre/mujer es un símbolo luminoso y transparente de Dios creador» (Ravasi) que, al diseñar la primera pareja, inventó el erotismo. Desde aquel momento, cuando se encuentran, en el amor, un hombre y una mujer, pasea Dios con ellos a la brisa de su ternura (Gen 3, 8). El paraíso que todavía añoramos, y cuya espada roja empuña egoísmo, quizá se nos devuelva aquel luminoso, frutal día, en que, al fin, derribemos los muros del miedo, y descubramos, más allá de nuestro jardín, la belleza del mundo.

Libro rosa de amor juvenil

SI el *Cantar de los cantares* se nos muestra, ante todo, como libro rosa de amor juvenil, ¿podría interesar todavía hoy a gente seria, reflexiva? Y si, además, no habla de Dios, ni de hijos, ni de religión, ¿con qué méritos habría que seguir venerándolo en el sagrado templo de la Biblia?

Dios hace bien las cosas. Si las breves hojas de ese poema fuesen un día arrancadas de cuajo, repartidas quedarían sus raíces por todo el inspirado texto. Porque, en verdad, toda la Sagrada Escritura es un Libro de Amor. Recordemos parejas: Eva y Adán, Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Raquel y Jacob, Sara y Tobías, y, sobre todas ellas, Dios e Israel. Así escribió el profeta Ezequiel (Ez 7, 1 ss):

Creciste y te hiciste moza, llegaste a la sazón;
tus senos se afirmaron y el vello te brotó,
pero estabas desnuda y en cueros.
Pasando de nuevo a tu lado, te vi en la edad del amor;
extendí sobre ti mi manto para cubrir tu desnudez;
te comprometí con juramento, hice alianza contigo
—oráculo del Señor— y fuiste mía.

(17) G. Leonard: *El fin del sexo*, Integral, Barcelona, 1983, 15.

Quien habla es Dios, evocando momentos de ternura en su romance con el pueblo elegido. El Cantar se nos muestra como flor exótica en lo alto de un muro: nadie se explica cómo ha llegado allí, pero todos reconocen su belleza, su aroma, su alegría. La erótica del Cantar es abierta: no habla de Dios, pero lleva a Dios. No menciona a los hijos, pero exalta la fecundidad. No predica sermones de sexo y ángeles, pero presenta un encantador, moderno, bíblico estilo de relación.

Aunque ambos jueguen, como en un psicodrama, diversos papeles (de rey, pastor, labrador...), todos sabemos que detrás hay dos seres humanos que se abandonan uno al otro en el abrazo de un *nosotros*. Y que ese *tú* es un misterio fascinante, sobrecogedor, inabarcable.

Para el amante, apoyado por el Coro, ella es su cielo: «¿Quién es aquella que asoma como la aurora, / hermosa como la luna, / radiante como el sol, / imponente como un ejército de estrellas?» (6, 10).

Para la amada, él es «gallardo como el Líbano» (5, 15), impresionante como la estatua de un dios: «Marfil tallado es su cuerpo, / todo incrustado de zafiros. / Como columnas de alabastro, sus piernas / se asientan en basas de oro puro» (5, 14 s). Descansará la enamorada bajo sus ramas de manzano como Israel bajo el manto de Dios: «A su sombra apetecida estoy sentada» (2, 3).

El amor que sienten por ese *tú* habrá que escribirlo con mayúscula, porque –como le ocurrió a Teresa en su transverberación– quema las entrañas con misterioso dardo. Es el Amor: verdadera «llamarada de Dios!» (8, 6). Y el *tú* cercano: camino y presencia del Tú absoluto. El Cantar es humano, muy humano, con semilla divina en cada surco.

Erotismo abierto de amantes hacia la unidad: «Yo soy para mi amado, y mi amado es para mí» (6, 3). Hacia la fecundidad: cuando nace la vida alrededor –ies primavera (2, 8-14)!–, ella le conduce al dormitorio de su madre (3, 4), le acunará como a un bebé (8, 2). El lenguaje es sutil, alusivo. Poderoso. Encarnan metavalores de sexualidad adulta dos románticos adolescentes.

Para el trato secretísimo

EL P. Gar-Mar, desde una visión alegorizante, espiritual del Cantar, restringe su lectura a la confidencia secretísima con Dios:

Claro está que el Cantar de los cantares no debería ser leído en público, ni siquiera en un público de personas selectas: es un libro de meditaciones íntimas para el

trato secretísimo entre Dios y el alma, análogo a la reserva de las efusiones y confidencias matrimoniales... (18).

Semejante pudor ha llevado a la Iglesia católica a un uso muy restringido del *Cantar de los cantares* en la liturgia nupcial. Se permite una sola lectura del Cantar con tres tizeretazos: 2, 8-10.14.16; 8, 6-7. ¡Lástima! Pues, ¿qué mejores textos de boda que los diálogos tiernos, espirituales y libres de los novios del Cantar?

La *Introducción al Cantar de los cantares*, de la Nueva Biblia Española, lamenta tanta alegoría, tan deshumanizante vuelo místico (con dificultad se comprende una mística sin raíces de erotismo):

No es ése el camino. Quien no crea en el amor humano de los novios, quien tenga que pedir perdón del cuerpo, no tiene derecho a remontarse; porque «quien no ama al hombre, que ve, ¿cómo amará a Dios, a quien no ve?» (1 Jn 4, 20). En cambio, afirmado el amor humano, es posible descubrir en él la revelación de Dios que «es amor». No se ha dicho cosa más alta de Dios. Ni del amor.

El Cantar es un relato bellísimo en el que dos novios/esposos viven, recuerdan, proyectan emociones en torno a su boda. Se trata de una verdadera *parábola* como las de Jesús, que contaba hermosas historias de personas de la calle con diferentes niveles de lectura.

Hablamos de *novios* y *esposas* con cierta ambigüedad, porque el tiempo del Cantar comprende: desde el año aproximado de *esponsales* (noviazgo muy formal, en el que la infidelidad era castigada como adulterio) hasta el período de *boda* y *celebraciones nupciales* que solían prolongarse hasta una semana. Anne-Marie Pelletier versiona *novio* o *esposo* indistintamente, «porque el texto no contiene elementos que desarrollen una dimensión conyugal de la relación, en el sentido institucional de la palabra» (19). Curioso: en la edición de dos libros de poesía (*Bazar* y *Casilda*) mi padre escribió como dedicatoria: «A Casilda, mi eterna novia» y «Tu siempre novio». El amor es la sustancia, el accidente lo jurídico.

El licor del Cantar

OTRA importante observación: Fray Luis, en el prólogo de su *Exposición del Cantar de los cantares*, reconoce y valo-

(18) F. J. Maruri: *El Cantar de los cantares*, El Mensajero, Bilbao, 1954, 35.

(19) A. M. Pelletier: *El Cantar de los cantares*, Verbo Divino, Estella, 1995, 8.

ra en el Cantar un *sentido espiritual*, «que de él hay escritos grandes libros por personas santísimas y muy doctas que, ricas del mismo Espíritu que habló en este Libro, entendieron gran parte de su secreto». Pero sugiere además otro sentido más inmediato: la *corteza de la letra*. Investigarla habrá de ser el principal objetivo de su exposición:

Solamente trabajé en declarar la *corteza* de la letra, así llanamente, como si en este Libro no hubiera otro mayor secreto del que muestran aquellas palabras desnudas y, al parecer, dichas y respondidas entre Salomón y su Esposa, que será solamente declarar el *sonido* de ellas, y aquello en que está la fuerza de la comparación y del requiebro; que, aunque es trabajo de menos quilates que el primero, no por eso carece de grandes dificultades (20).

Así que hay una *corteza*, una *sobrebaz* en el texto (el amor de dos jóvenes), y un *sentido espiritual*: ese amor es *parábola* del amor de Dios a Israel (Ez 16, 1-42), a la Iglesia (Ef 5, 32), a cada uno de nosotros (1 Jn 4, 7-21). El libro del Cantar, como toda *parábola*, se me asemeja a un bombón de licor. Más allá de la belleza literaria del texto (el papel de plata) nos engolosina el chocolate (la *corteza*: la historia de amor de la pareja). Ahondando en esa historia, nos embriagamos al fin con la sublime ambrosía del *sentido espiritual* (el licor).

Pero podría sorprendernos descubrir que el fervor mutuo de los enamorados ya es licor, que no hay un sentido espiritual más allá del amor humano –erotismo incluido–, porque Dios es amor. Francisco Contreras nos lo confirma en bella prosa: «El amor nace limpio siempre de su fuente, que es el corazón humano, alumbrado por la gracia de Dios». Por eso «lo que brota transparente de un corazón enamorado es ya una realidad divina» (21).

Si *el mensaje es el medio*, a lo mejor es propósito de Dios, que se hizo hombre, citarnos en el cuerpo del varón y la mujer, santificar el templo del amor y su liturgia de tactos, su música de besos y susurros, su comunión de dos –*Este es mi cuerpo*– en una sola carne.

Si al final corría vino por los labios de todos en aquella boda de Caná, también quiere el Señor que corran hoy caricias, letanías, placeres, abrazos, por la piel, por las manos, por el corazón de los que se aman (22).

(20) F. L. de León: *Obras completas castellanas*, BAC, Madrid, 1959, 63.

(21) F. Contreras: *Revelación de amor. A zaga del Cantar de los cantares*, PPC, Madrid, 1991, 97.

(22) Las presentes cuartillas dan a conocer la primera piedra de un ensayo que titulo *Amor y erotismo del Cantar de los cantares*, donde, versículo a versículo, voy alumbrando mi lectura personal de creyente algo poeta, de psicólogo comprometido en el desarrollo integral del ser humano.